

Lluvia de petróleo sobre Teherán

En Teherán está lloviendo petróleo.

Tras los ataques ilegales de los Estados Unidos e Israel contra la infraestructura energética de Irán, el combustible en llamas ha caído a la tierra en forma de cortinas negras. Sobre la ciudad, columnas de humo se extienden por el horizonte. En toda Asia Occidental, la guerra se extiende: el Líbano bombardeado una vez más, Gaza encerrada bajo un asedio total, Cisjordania dividida por la anexión y colonxs armadxs.

Lo que comenzó como un genocidio transmitido en vivo desde Gaza ahora se está extendiendo por toda la región.

Durante casi dos años y medio, el ataque de Israel a Gaza ha demolido hospitales, universidades y barrios enteros. Las armas termobáricas —dispositivos que absorben el oxígeno del aire antes de provocar una bola de fuego— han convertido calles abarrotadas en infiernos tan calientes que «evaporan» cuerpos humanos, como explicó la académica palestina Yara Hawari en el Congreso de los Pueblos en Ámsterdam la semana pasada. La devastación, señaló, supera ahora varias veces la fuerza explosiva de la bomba de Hiroshima, comprimida en una estrecha franja de tierra.

Y aún así, la maquinaria sigue funcionando.

Los convoyes de ayuda están detenidos. Los cruces fronterizos, cerrados. Los planes de reconstrucción redactados en Washington imaginan a Gaza transformada en una red de campamentos biométricos y concesiones corporativas: una distópica «Junta de Paz» impuesta sobre las ruinas.

La lección es inequívoca: la impunidad genera escalada.

Para Omar Barghouti, cofundador del Movimiento Boicot, Desinversión y Sanciones, Gaza se ha convertido en el campo de pruebas de un nuevo orden mundial. La «impunidad total» de Israel, advirtió en Ámsterdam, está dando paso a un mundo donde «el poder hace la fuerza», donde las doctrinas probadas primero en lxs palestinxs se exportan por todo el mundo.

Irán ahora se encuentra de lleno en ese escenario de guerra en expansión.

Sin embargo, a medida que el conflicto se extiende, se está formando una contraestructura.

La semana pasada en La Haya, cuarenta Estados se reunieron bajo la bandera del Grupo de La Haya —la mayor reunión desde la creación de la iniciativa— para coordinar una acción colectiva en defensa del derecho internacional. Sus debates fueron más allá de las declaraciones y condenas para centrarse en mecanismos de aplicación.

En el centro de esas deliberaciones había una propuesta sencilla: no puede haber refugio seguro para lxs criminales de guerra. Los Estados analizaron una directiva coordinada de inmigración que restringiría la entrada a personas implicadas en crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad en Palestina —una medida diseñada para garantizar que lxs responsables de atrocidades no puedan viajar libremente por las capitales del mundo.

«Si se niega el acceso a los puertos, las rutas cambian», dijo Varsha Gandikota-Nellutla, secretaria ejecutiva del Grupo de La Haya. «Si se coordina la aplicación del derecho internacional, la impunidad se vuelve más difícil de mantener».

Los acontecimientos recientes ya lo han demostrado. Cuando Namibia prohibió que los buques sospechosos de transportar suministros militares a Israel atracaran en sus puertos, las rutas marítimas se vieron obligadas a cambiar de la noche a la mañana —prueba de que la acción estatal coordinada puede imponer costos logísticos y políticos reales a la maquinaria de la guerra.

Pero la ley por sí sola no es suficiente.

Fuera de las salas de reuniones en La Haya, sindicalistas, diputadxs, activistas y organizadorxs se reunieron en Ámsterdam para el Congreso del Pueblo para el Grupo de La Haya —un intento de construir la fuerza social capaz de sostener esa acción— en los tribunales, los puertos y las fábricas.

La novelista Sally Rooney recordó a lxs trabajadorxs irlandesxs que en su día se negaron a manipular fruta sudafricana durante el apartheid —un pequeño acto de solidaridad que acabó contribuyendo a impulsar un boicot nacional. Las luchas de liberación, argumentó, triunfan cuando la gente común identifica los puntos débiles de la maquinaria de opresión y ejerce presión hasta que se rompe.

La misma lógica se le presenta ahora al mundo.

Si Gaza marca el colapso del viejo «orden basado en reglas», entonces La Haya y Ámsterdam representan un intento de construir algo en su lugar: Estados y movimientos dispuestos a construir y ejercer un contrapoder.

Que ese experimento tenga éxito puede determinar mucho más que el destino de Palestina.

Como advirtió Barghouti al Congreso: Palestina se ha convertido hoy en la prueba de si la humanidad puede empezar a desmantelar siglos de dominación colonial —o hundirse aún más en un mundo gobernado abiertamente por la fuerza.

En solidaridad,

El Secretariado de la Internacional Progresista